

UN ÁMBITO COMÚN PARA DISCUTIR EL *ESPACIO PÚBLICO*.
 RESPUESTA A LOS COMENTARISTAS DEL LIBRO
EN BUSCA DE UN LUGAR COMÚN

NORA RABOTNIKOF

Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México

En la vida hay historias que empiezan bien y terminan bien. Los actores y actrices de la intriga aúnan voluntades, hay deseos que convergen hacia metas comunes, alegría aún en los malentendidos y así, de manera más o menos apacible, se arriba a un final feliz. Como sabemos, también hay historias trágicas donde los dioses conspiran contra los humanos, éstos conspiran contra otros humanos, el camino está lleno de encrucijadas definitorias y el destino (trágico) se cumple inexorablemente. La larga historia que condujo a este libro es demasiado banal para constituir una tragedia, y demasiado complicada para decir que empezó bien y se desarrolló de manera fluida. Pero, si esta reunión marca el fin de una primera etapa, la que condujo a su presentación pública, puedo decir que tenemos un final feliz. Porque culmina (la siguiente etapa se construirá a partir de la lectura de un público interesado y de su utilidad para apoyar conceptualmente otras investigaciones) con estos magníficos comentarios de tres queridos colegas. Para ellos, mi agradecimiento y este intento de respuesta que, como suele decirse en estas ocasiones, es la excusa para continuar un diálogo.

La intención primaria de este libro era desplegar, de la manera más organizada posible, una reflexión en torno a un concepto que desde hace tiempo ocupa un lugar central en las teorías de la democracia moderna. Desde la teoría y desde la política seguimos encontrando invocaciones al fortalecimiento, transformación e incluso creación de espacios públicos de debate y

reflexión, que son también pensados como lugares de procesamiento de voluntad política. Hace ya muchos años, algunos diagnosticaron su eclipse o su feudalización, hoy están los que dicen que ya no es y también los que afirman que nunca fue. La hipótesis más general era que tras las invocaciones frecuentes a ese fortalecimiento de lo público moraba la nostalgia por un lugar perdido, un lugar de lo común y lo general. Por eso, a partir de las líneas trazadas por Kant en su afirmación del principio de publicidad, me propuse examinar cuatro representantes modernos de la teoría política, en los cuales, la noción de lo público ocupa un lugar central. Me parecía encontrar en estos autores intentos por enfrentar dos peligros que acechan al pensamiento político: lo que llamo la tentación antipolítica (diferentes formas de vencer, desde el concepto, la contingencia y precariedad de la política) y lo que denominé el realismo mafioso (creer que la sustancia de la política es el engaño, la simulación y también la violencia).

Una de las limitaciones del trabajo, como apunta tímida y gentilmente Néstor García Canclini, es que no está suficientemente destacada la dimensión de la mundialización del espacio público. En la revisión de los autores, permanezco en el umbral de las versiones modernas, tal como las repropone hoy el discurso filosófico que, debemos reconocerlo, se queda un poco atrás con la vieja crítica a la sociedad de consumo, la feudalización del espacio público, la manipulación de la opinión o la tecnificación de

la política. El reconocimiento de la existencia de un espacio público global, de la des-territorialización de instancias de decisión económica, política y cultural, la diseminación de aportes culturales que saltan las barreras de las tradiciones locales y nacionales, están escasamente tratados en el libro, en parte porque también son un elemento secundario en los autores que analizo y critico. Lo anoto como deuda a saldar en una reflexión posterior y, a modo de excusa apunto, como provocación, que desde un punto de vista político a veces la incorporación de la dimensión global o mundial no hace sino evadir algunos problemas centrales de lo público. Por ejemplo, cuando la dimensión internacional de la sociedad civil es invocada sólo a efectos de legitimar grupos locales (con inserción y reconocimiento a veces insuficiente a nivel nacional). Pero éste es otro problema. Queda entonces afirmado, además de mi agradecimiento, el reconocimiento de una deuda pendiente: irnos hacia la dimensión global del nuevo espacio público.

Lo que no puedo reconocer como compromiso a futuro es la elucidación de la demanda final de Roger Bartra: tratar de explicar cómo, en nuestro México, voces plurales en los espacios públicos pueden dejar de ser amenazadoras cacofonía y comenzar a ser fuentes de racionalidad. Supongo que se trata de un desafío de imposible cumplimiento, ya que, como trato de mostrar en el libro, ya no es posible la fe en una mágica alquimia que transforme a los hombres y a las mujeres de carne y hueso en virtuosos ciudadanos orientados exclusivamente a la mutua ilustración en el Bien Común. Pero tampoco puedo caer en la igualmente mágica confianza en el poder transformador de las instituciones: instituciones democráticas que tendrían la virtud de licuar los intereses políticos, disolver los particularismos y generar una racionalidad de origen plural pero de vocación unitaria. Lamen-

tablemente, hoy en México ni el comportamiento popular aparece siempre como un despliegue de ciudadanía, ni nuestras instituciones parecen poder abstraerse del factor humano o de los particularismos políticos. La ponderación de las expectativas de carácter normativo depositadas en los espacios públicos, el control normativo de las estrategias políticas descarnadas y la apertura a nuevas voces y actores no son la receta para la formulación de una voluntad colectiva racional (y unánime) sino tan sólo los controles y equilibrios indispensables para no recaer en el monólogo oficial o en esas cacofonías que tanto deploramos. Supongo que se concretarían en cuestiones tan simples, pero en México tan difíciles, como el acceso equitativo, la competencia regulada por normas, ciertos requisitos discursivos y legales, y la apertura a la pluralidad de voces. Nada más pero tampoco nada menos. Nuestros espacios públicos nacionales están muy lejos de esa accesibilidad y transparencia. Las nuevas reglas sin duda han transformado el funcionamiento sistémico y han tenido un efecto civilizatorio pero nada garantiza, como nos vimos obligados a aprender de nuestro reciente proceso electoral, que las reglas no sean manipuladas, que quienes deben y dicen defenderlas no se transformen en fuerza deslegitimante, y que una nueva ola de desconfianza popular no nos lleve a desandar caminos. Tampoco nos evita recaer en invocaciones comunitaristas o en convocatorias al ejercicio directo de la soberanía popular.

Pero esa cacofonía política tampoco se neutraliza con abstractos llamados a elevar la calidad argumentativa de los debates, o con convocatorias a alcanzar consensos racionalmente fundados. Por eso, si bien la frase «lo definitorio no es tanto la calidad argumentativa» es, como apunta Carlos Pereda, una formulación poco feliz, me parece que mi señalamiento de los rasgos de

captura temática de la atención pública, no amerita, en ningún caso, el paralelo con Hitler. Esto es terrorismo verbal. Siguiendo a los autores que analizamos, las multitudinarias manifestaciones que convocaban a las masas a escuchar la palabra del Führer, no pueden ser consideradas como expansiones de lo público. Arendt, en su discutida caracterización del totalitarismo señalaba precisamente que en esas formas políticas, aunque a primera vista se asiste a una inusitada expansión de lo público, lo que tiene lugar, en estricto sentido, es una anulación de las fronteras entre lo público y lo privado. Cuando todo es visible y se despliega bajo la luz pública, cuando todo particular se inmola en nombre de lo general, y cuando sólo existe lo que es común, en realidad no hay auténtico espacio de lo público, porque no hay ámbito privado que se contraponga. De modo que, otra vez en estricto sentido, ni las manifestaciones nazis, ni el pueblo expresándose directamente en sus asambleas serían encarnaciones de lo que, cualquiera de los cuatro autores analizados en el libro, llamarían espacio público. Pero, lo que impide constituirlos en modelos de publicidad, repito, no es su semejanza o desemejanza con un seminario académico de discusión (aunque estos últimos, a veces, tampoco se distinguen por la calidad argumentativa) No es entonces, el nivel argumentativo, sino la ausencia de mediaciones políticas y de alguna u otra forma de representación.

Carlos Pereda también me reprocha cierto amoralismo, o cierta tendencia a caer en un realismo político surgido de la confusión entre moral y moralismo. La crítica tiene dos vertientes: en primer lugar porque parece que prefiero a aquellos autores que caen el vértigo complicador, y no a los simplificadores. En segundo lugar, por caer yo también, en «el círculo de hierro del amoralismo» que habría llevado, por caminos que me resultan un poco oscuros «a la in-

terrumpida sucesión de catástrofes, tanto sociales como personales». En cuanto a la primera imputación, tal vez deba aclarar que en la presentación crítica de los cuatro autores modernos, no pretendí expresar ningún orden de preferencias. Y ello no porque no tenga esas preferencias sino porque me interesaba, antes que nada, desplegar un problema, con toda la complejidad de la que fuera capaz, antes que optar por una escuela o por la adhesión a un autor. Creo honestamente que no ejercí lo que Pereda, en otro contexto, llamó el «afán sucursalero», para referirse a aquellos que se erigen en representantes de un autor o escuela o fundan la sucursal de la tienda mayor en otras latitudes. Por ello, en el libro señalo los alcances y las limitaciones de cada una de las perspectivas, y los problemas teóricos y políticos que surgen en todos los casos. Es cierto que en el libro subrayo cierta «huida de la complejidad política» por parte de Habermas y Arendt, pero también, creo, quedan claras las hipotecas teóricas e históricas que surgen de pensar la política exclusivamente como empresa de interesados: la política vivida como país extranjero, el riesgo de autoritarismo, la autonomización casi autista del sistema político. Estos son peligros que surgen, de manera inevitable, si se cancela toda posibilidad de conectar la política con el mundo de la vida o con las aspiraciones de la gente. No tengo particular debilidad por los vértigos complicadores, aunque como cualquier mortal, no estoy vacunada contra ellos. Tampoco me parece que Arendt o Habermas sean fácil presa del vértigo simplificador. Es posible que la tentación simplificadora aparezca en cambio a la hora de hablar de un «círculo de hierro del amoralismo». Porque, como sabemos, las relaciones entre moral y política han sido un tema recurrente en la historia del pensamiento político moderno (suele decirse que desde Maquiavelo en adelante), y esa recurrencia muestra que no se trata de una cuestión fá-

cil o pasible de simplificación. En todo caso, creo que, en este punto, Carlos se deja llevar por la indignación y por antiguas fobias (estoy segura de que esas fobias se dirigen a Koselleck y a su conservadurismo crítico de la Ilustración y a Luhman y su protagonismo sistémico) y los tiros salen disparados en varias direcciones, con lo cual ninguno atina al blanco: el supuesto amoralismo. Porque una cosa es creer que una propuesta como la de Luhmann es eliminacionista (horrible nombre, por otra parte, en la tradición alemana) de sujetos, hombres y mujeres, primeras personas, y otra es pensar que el concepto de diferenciación, central en la tradición sociológica (recordemos desde la división del trabajo en Durkheim a las esferas de valor autónomas en Weber) termina con el cemento moral de una sociedad. Porque la crítica a «la sociedad sin hombres» me parece que equivoca el blanco, y la crítica a la diferenciación social, nos lleva, a añorar por vía de la simplificación, una unidad moral que la modernización habría desgarrado. Una tercera cuestión es si esa unidad perdida es la unidad moral, producto de la unión o de la comunión de esas subjetividades. Porque si se trata de esto último, entonces ahí sí, me temo, caemos inexorablemente en algún tipo de moralismo.

Por suerte, Carlos me adjudica una ética de la responsabilidad, que no me pondría a salvo de las incoherencias epistémicas, pero al menos me impediría afirmar alegremente cualquier cosa. La imputación de responsabilidad es un signo de afecto por parte de

Carlos y como tal, la agradezco. Pero también, tenemos que recordar, la preocupación por la responsabilidad ha sido un rasgo común a todos los realistas políticos, al menos a los más nobles entre ellos. Sospecho que si uno se toma en serio la moralidad, hay que creer que, para que ésta efectivamente pueda ser soberana, debemos delimitar un territorio de ejercicio de esa soberanía. Y que esta moralidad no se afirma invocándola en todo momento, sino al impedir que consideraciones de interés económico, o puramente político o estético adopten el discurso moral como coartada. Algo puede ser bello o útil sin ser bueno moralmente, y en ello residen nuestros dilemas más desgarradores y nuestros desafíos más vitales.

Quedan pues como cuestiones pendientes, en primer lugar, la superación de nuestro parroquialismo nacional o nuestro localismo universalista, para pensar lo público en un mundo globalizado. Los desafíos y desencantos con nuestros espacios públicos mexicanos, tendrán que ser pensados y procesados desde los nuevos espacios que seamos capaces de gestar y, por lo que se ve, desde nuestra vida público-política, hoy polarizada ideológicamente y un poco confusa desde el punto de vista de las ideas. El amoralismo sobre el que nos alerta Carlos me parece que se da poco en nuestras tierras. Sigo creyendo que el realismo mafioso (o el cinismo descarado) y la tentación antipolítica (moralista o no) siguen siendo los obstáculos principales en el camino de una afirmación democrática, moderna y plural.